

DaBAR



Ciclo
A

24 de mayo de 2026
Pentecostés

nº
33

Año II





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Volver al Espíritu

El aliento divino está en el origen de la humanidad. Éramos barro, hasta que el Señor Dios sopló en nuestra nariz el aliento de vida. Desde nuestro nacimiento y primer aliento (y primer llanto) pasamos la vida en un soplo. Contenedmos el aliento, lo expulsamos en un suspiro; a veces de pena, otras, de alivio. Lo perdemos en un esfuerzo deportivo, o por un susto. Con suerte, lo recuperamos al llegar a refugio seguro. Y, en muchas ocasiones, somos conscientes de que ese aliento viene de Jesús, que camina con nosotros y nos sostiene cuando se evaporan las certezas y nos sentimos hondamente solos.

Los discípulos se han reunido, por miedo y llenos de tristeza. Buscan consuelo en la cercanía, rumian la pérdida y comparten el hundimiento de su ánimo. Cierran puertas y se aíslan. Les falta Jesús. ¿qué ha sido de la Buena Noticia que vivían con Él? Si alguna vez se pensaron autosuficientes, ya están viendo que no. ¿De dónde van a sacar fuerza para bendecir, para perdonar, para anunciar la nueva vida?

Y el Resucitado se presenta en medio de ellos. No saben cómo, ni por dónde ha entrado. Estaban con todo cerrado, puertas y corazones. Hundidos y desesperanzados, abandonados y perdidos. Aun así, Jesús llega hasta ellos y les desea, lo primero, la paz. Nunca había yo caído en el sentido último de este saludo tan sencillo: Paz a vosotros. No andéis angustiados, dejad atrás la tristeza y el sinsentido. Estad en mí. Estad en paz. Tomad aire, respirad hondo, volvemos al plan original. Con Jesús entre nosotros, exhalando su aliento sobre nuestras cabezas, recuperamos el impulso, la paz, la alegría. Al acogerle, nos dejamos llenar de fuerza para abrir las puertas y ser capaces de compartir la buena noticia con todos.

Una vez que hemos visto al Señor en medio de nosotros y le acogemos, nos dejamos

enviar y estamos dispuestos a ser para el mundo lo que ha sido él. Sabemos cómo acercarnos a los desvalidos, los necesitados, los maltratados... Jesús Resucitado ha insuflado de vida nuestro barro original. Al darnos vida a cada uno de nosotros ha dado vida a la Iglesia que formamos entre todos. Sólo el Espíritu nos convertirá en iglesia viva. Sólo el Espíritu de Jesús acogido plenamente por nosotros nos hará ser presencia viva de Cristo en el mundo.

Pentecostés es el momento de la prueba más comprometedor de nuestra vida de fe. Cuando nos damos cuenta de que la presencia del Resucitado es real en nosotros. No se revela como un viento avasallador, sino como un soplo suave, un aliento que nos llena con dulzura, pero sin dejar ningún rincón por ventilar. Es una presencia discreta, que nos llena de certeza y alegría. Dios está junto a nosotros y nos ama.

Desde Pentecostés, nuestro destino es vivir en presencia de Dios. Él ha de ser el centro y la fuente que sustente nuestras acciones y deseos. Nuestro objetivo será ser comunicadores de luz y de vida. Amar con ternura y compasión, vivir en unión profunda con todo lo creado, con todos los seres.

La Resurrección del Hijo de Dios hecho hombre, del Verbo hecho carne y acampado entre nosotros es la razón última del plan al que los cristianos hemos sido invitados: descubrir y vivir la humanidad de Dios, que nos acompaña como hombre desde su divinidad. Y llegar a la plenitud de nuestra vida en la divinidad, venciendo a la muerte y permaneciendo en la compañía eterna de Dios.

El Espíritu pentecostal nos llenará (si nos dejamos) de una certeza: nuestro destino es la resurrección.

Aurora Gonzalo
aurora@dabar.es



Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Comienza en Jerusalén el testimonio de la Iglesia. El texto de hoy es una composición de Lucas basada en tradiciones y que recoge una experiencia carismática importante dentro de la comunidad de Jerusalén que puso en marcha el testimonio apostólico. La escena se describe con un lenguaje apocalíptico (2,1-4) incluyendo, además, una lista de oyentes (2, 5-11). El relato de lo que oían quienes escuchaban a los apóstoles mezcla dos informaciones diferentes, ya que unos oían hablar “en otras lenguas, es decir, en sus propias lenguas, y otros oían “hablar en lenguas”, es decir, de forma carismática, con la glosolalia, ya que unos interpretaban lo escuchado como grandezas de Dios y a otros les parecía el hablar de borrachos.

El camino profético de la Iglesia comienza en Pentecostés. Jesús recibió el Espíritu de Dios en el bautismo que lo ungió como profeta. En Pentecostés comienza la Iglesia con su unción como pueblo profético. El lugar del comienzo es Jerusalén, como dice 1,8: “Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra”. Jerusalén es el lugar del comienzo porque allí acabó su testimonio Jesús. Así, la comunidad queda capacitada para continuar ese testimonio. Todo esto es obra del Padre, protagonista del camino, quien por medio de Jesús, que ha sido exaltado, envía el Espíritu a la comunidad. Visto esto, la narración debe ser vista como cristológica.

El relato comienza estando todos juntos en la fiesta de Pentecostés. La fiesta de Pentecostés era una fiesta agrícola que duraba un día en el que se celebraba la cosecha ya recogida (la explicación la podemos leer en Dt 16,9-12). Tenía lugar cincuenta días después de haber empezado a cortar las espigas. A partir del siglo II a.C. se la relaciona con la Pascua y la liberación de Egipto. Así, Pentecostés acaba relacionándose con las tradiciones del Sinaí y la Ley de la Alianza. Lucas, al colocar aquí el don del Espíritu, lo presenta como la cosecha de la resurrección de Jesús, como nueva Ley que crea la nueva Alianza y el nuevo Pueblo de Dios. El fenómeno acontece como un viento muy fuerte (que aparece otras veces como símbolo del poder creador y de la vida) y unas lenguas de fuego que hacen referencia al efecto profético. El resultado es que se llenan todos de Espíritu Santo y comienzan a hablar en lenguas. Comienza el camino profético de la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Segunda Lectura

Después de haber tratado de la celebración de la cena eucarística (11,17-34), Pablo pasa a tratar ahora los carismas o dones espirituales (12,1-11). El tema de los carismas se puede incluir dentro de otro, el de las reuniones litúrgicas. Después de corregir los abusos dentro de las cenas eucarísticas, ahora Pablo quiere, también, corregir abusos respecto a los carismas.

Parece que en Corinto había mucha efervescencia y, a la vez, desorientación respecto a los carismas. No era muy corriente el término “carisma” en la literatura profana. Tenía el significado de don o regalo y de esta forma parece denominarlo Pablo: dones que el Espíritu Santo concedía a algunos miembros de la comunidad cristiana y que servían para el funcionamiento de la Iglesia. Pero los corintios parecían que estaban demasiado inclinados a los carismas, prefiriendo los más espectaculares y confundidos con fenómenos semejantes entre los paganos. Pablo trata extensamente este tema (12,1-14,40), siendo la primera parte 12,1-11, la que hoy leemos.

Comienza Pablo diciendo que los corintios no tienen las ideas claras sobre este tema. Les advierte que ahora no es igual a cuando eran paganos y no se deben dejar arrastrar hacia esos fenómenos sin hacer un verdadero discernimiento. La norma para discernir estos fenómenos es la confesión de “Jesús es Señor”, es decir, la soberanía de Jesucristo.

Si alguien en la asamblea grita “maldito sea Jesús”, ese carismático no está movido por el Espíritu de Dios y no tiene un verdadero carisma aunque le acompañen fenómenos extraordinarios. Si grita “Jesús es el Señor”, entonces habla en él el Espíritu. Dejando esto claro, Pablo sigue hablando de los carismas. Los carismas provienen todos del Espíritu Santo, al contrario que entre los paganos, para los que cada dios, tenía sus carismas especiales. También habla Pablo de Jesucristo y del Padre en relación con los carismas, pero es a las manifestaciones del Espíritu a las que llama carismas (vv. 3-7).

En los vv. 8-10, que no leemos hoy, Pablo nombra una serie de carismas. No tiene Pablo una lista enumerando los carismas. Tampoco explica detalladamente cada uno de los que nombra. A veces hay que dar una interpretación de lo que parece más probable.

Los vv. 12-13 pasan a la imagen del cuerpo humano para explicar el funcionamiento de los carismas en la Iglesia. Era una imagen clásica en la literatura greco-romana, en la que se comparaba el cuerpo con un grupo de hombres que se reunían con fin determinado. Pablo va más lejos en su comparación, viendo en ella un principio de vitalidad interior mucho más fuerte. .

Rafael Fleita
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

Los cristianos, asentados, seguramente, en Éfeso o en alguna ciudad helenizada de Asia Menor, han vivido la ruptura con la sinagoga del año 85 d.C., han roto con el judaísmo oficial; tampoco se sienten identificados con la cultura grecorromana; han experimentado la pérdida de la generación apostólica y el retraso de la parusía. Estos cristianos necesitan experimentar la presencia de Jesús cuando ya no está visiblemente entre nosotros. Es la comunidad del día primero de la semana. El evangelista sitúa el texto al atardecer de ese primer día, momento propicio para la asamblea eucarística. La comunidad joánica ve en este relato más que un hecho histórico, una realidad que se actualiza en su propia vida. El miedo a los judíos no solo recoge la situación de los discípulos, sino que también refleja la de la comunidad para la que escribe el evangelista. Un pasaje íntimamente ligado al capítulo 2 de Hechos, donde Lucas relata su versión de Pentecostés, frente a este Pentecostés joánico que no puede esperar los cincuenta días y lo sitúa en el mismo hecho pascual.



Texto

El texto comienza con la irrupción del Resucitado y el don de la paz (vv. 19-20). El saludo de Jesús no es una fórmula de cortesía, sino que el “shalom” tiene toda la densidad de la tradición bíblica, la “paz” que Cristo había prometido (14, 27), ahora se cumple. La repetición de este saludo (v. 21) subraya su importancia, no es una paz superficial; brota de la victoria definitiva sobre el pecado y la muerte. El gesto de mostrar las manos y el costado, por un lado, identifica al Resucitado como el Crucificado; pero, por otro, revela el misterio pascual, de forma que las heridas de muerte son ahora los signos de la victoria y la vida. La reacción de los discípulos es la alegría (v. 20), cumpliendo la promesa de Jesús “la alegría se convertirá en gozo” (16,20), una alegría desbordada no solo por la constatación de la resurrección, sino por la presencia real de Cristo en medio de su comunidad.

Continúa Juan, presentándonos el “envío misionero” en el v. 21, donde Jesús establece una analogía entre el envío recibido y el que otorga a los discípulos. Juan quiere usar aquí el mismo verbo (“enviar”; “hapostéllō”) que ha estado usando a lo largo de todo el Evangelio para designar la misión del Hijo encomendada por el Padre. De tal forma que ahora los discípulos son los continuadores de la misión de hacer presente el rostro y el amor del Padre en el mundo (12, 45), siendo quienes tienen que hacer efectiva esa presencia. Como Jesús hacía presente el rostro del Padre, los discípulos tienen que hacer visible la presencia del Hijo resucitado.

El sopro del Espíritu nos traslada a una nueva creación en el v. 22. Ese sopro que vemos en la creación del hombre (Gen 2, 7) y en la resurrección de los muertos (Ez 37, 9). Jesús está comenzando una nueva creación. El primer Adán es ahora el Adán resucitado que comunica la vida eterna en el sopro del Espíritu, transformando a los discípulos en criaturas nuevas. Jesús dice “recibid el Espíritu Santo”, es un imperativo una orden que transmite un don. En la obra de Juan es importante la conexión con las promesas del Paráclito a lo largo de los discursos de despedida (14, 16-17.26; 15, 26; 16, 7-15). Lo que Jesús prometió como otro “Defensor” se cumple ahora en esta escena fundacional.

El v. 23 recoge el poder para perdonar los pecados. Debemos tener presente que, para Juan, el pecado es la incredulidad, la incapacidad o negativa a creer, rechazar la luz (3, 19-20), en definitiva, una actitud existencial de cerrazón. Junto a esta idea, debemos tener que la misión de los discípulos es anunciar la buena noticia que permite salir de la situación de incredulidad y entrar en comunión con Dios. Y, por fin, el significado de “perdonar” aquí es “dejar ir”, “liberar” o “soltar”. No se trata de un poder judicial sobre los pecados ajenos, sino que describe la ineludible responsabilidad misionera de la comunidad.

Este texto fue usado expresamente por el Concilio de Trento, en el cap. 1 de la doctrina sobre la penitencia como institución del sacramento. Ambas interpretaciones no son excluyentes: el sacramento es una concreción eclesial de esta misión universal de reconciliación, pero no agota toda su riqueza.

Pretexto

Celebramos Pentecostés en una sociedad pospandémica que, con sus secuelas, ha dejado a muchos con las puertas cerradas por miedo como los discípulos, sumido en una crisis de esperanza por la guerra de Ucrania, los conflictos en Oriente Medio, la crisis climática y desigualdades crecientes, con una Iglesia plagada de tensiones internas, teológicas y pastorales, y unas nuevas “lenguas” culturales que afrontar. En este contexto, el “shalom” es más necesario que nunca, todos los dones del Defensor son imprescindibles para la supervivencia de este mundo, tal como lo conocemos. Un “shalom” que debe superar la polarización de esta sociedad. No se trata de una paz negociada diplomáticamente, sino la que brota de las heridas traspasadas. La misión compartida de todo Pueblo de Dios; un perdón y reconciliación en un mundo herido; una nueva creación y esperanza escatológica. No somos una comunidad que recuerde nostálgicamente hechos, sino que somos un pueblo consagrado por el Resucitado, habitado por su Espíritu. Y enviado a proclamar la liberación a los cautivos.

Enrique Abad
enrique@dabar.es



“Ven espíritu santo, y renueva la faz de la tierra ”

Amigos en Cristo Resucitado, la solemnidad de Pentecostés que hoy celebramos tiene una importancia fundamental para la Iglesia y para nuestra vida cristiana.

El Espíritu Santo, fundamento de la Iglesia y de toda vida cristiana

La Iglesia nació verdaderamente el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad, descendió sobre los Apóstoles y les dio la fuerza necesaria para anunciar el Evangelio de Cristo Resucitado por todo el mundo. Es, pues, el Espíritu Santo quien da a luz a la Iglesia y la sostiene desde sus orígenes hasta nuestros días. Por lo que se refiere a nuestra vida cristiana, es siempre por este mismo Espíritu Santo por el que hemos sido incorporados a la vida divina y a la gran familia de los hijos de Dios. Más allá de todo lo que podamos decir sobre el Espíritu Santo, recordemos que es Él quien nos da la vida, quien nos mantiene en el amor divino y quien nos permite dar testimonio de Cristo con nuestra existencia. Celebrar Pentecostés es redescubrir este papel esencial del Espíritu en nuestras vidas y preguntarnos cuál es nuestra relación personal con Él. A veces, nosotros comenzamos nuestras oraciones olvidando de invocar al Espíritu Santo o de pedir su luz a la hora de tomar decisiones importantes en nuestras vidas.

El soplo del Espíritu Santo, fuente de “recreación” y de renovación

En el Evangelio que hemos escuchado, Jesús resucitado se aparece a sus discípulos, encerrados y llenos de miedo. ¿Qué hace Jesús? Sopla sobre ellos y les dice: “Recibid el Espíritu Santo”. Este gesto recuerda el segundo relato de la creación: “Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida”. Ese soplo divino es el Espíritu Santo, que Jesús resucitado comunica ahora a sus discípulos.

Hoy, como en Pentecostés, Jesús sigue dándonos su Espíritu, que renueva la faz de la tierra y reaviva en nosotros la vida divina. Así, podemos ser renovados y transformados en lo más profundo de nuestro ser. Por eso, al recibir una vez más el don del Espíritu Santo en este día de Pentecostés, ojalá dejémonos

Notas para la Homilía

conducir por él. Que el Espíritu Santo nos ayude a superar nuestros miedos, tristezas, angustias, encierros interiores y tibiezas; que nos llene de gozo y fortaleza para dar testimonio de la fe, la esperanza y la caridad en el mundo de hoy.

Vivir según el Espíritu Santo para dar sus frutos

Siguiendo el ejemplo de los discípulos sobre los que descendió el Espíritu Santo, ojalá nos pongamos hoy decididamente al servicio del Evangelio y de nuestros hermanos, trabajando por el advenimiento de un mundo de justicia, paz y amor. Donde está el Espíritu Santo, allí también hay unidad y amor. Cuando una persona no se deja guiar por el Espíritu de Dios, sino más bien por el espíritu del mundo o de la carne, basta con mirar sus acciones, nos dice San Pablo: mala conducta, impureza, libertinaje, idolatría, brujería, odio, rivalidad, celos, ira, intrigas, divisiones, sectarismo, envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes. En cambio, los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios producen sus frutos: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí (Ga 5, 16-23).

Amigos en Cristo Resucitado, con María, nuestra Madre, y con todos los miembros de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, oremos por un nuevo Pentecostés de amor y de paz en la Iglesia, en el mundo, en los países en guerra, en nuestras familias y en nuestras vidas. Que el Espíritu Santo de Dios reavive en nosotros la esperanza, la alegría y la verdadera felicidad.

Arve Bienvenue
bienvenue@dabar.es





Para reflexionar

Hermanos, a continuación, propongo una serie de preguntas para guiarnos en nuestra reflexión y meditación personal y comunitaria.

¿Qué lugar real ocupa el Espíritu Santo en mi vida diaria? ¿Lo invoco antes de tomar decisiones? ¿Le pido luz cuando estoy confundido o cansado física o espiritualmente? ¿Me dejo acompañar por Él en la oración?

¿Qué áreas de mi vida necesitan hoy el sople renovador del Espíritu? ¿Qué miedos me paralizan? ¿Qué heridas necesitan ser sanadas? ¿Qué actitudes me encierran o me apagan en mi relación con Dios y con mis hermanos?

¿Qué frutos del Espíritu Santo se manifiestan en mí... y cuáles necesito cultivar? San Pablo ofrece un espejo espiritual: amor, alegría, paz, paciencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí. ¿Qué frutos veo crecer en mí y qué frutos están ausentes o debilitados? ¿Qué me impide dejarme guiar más plenamente por el Espíritu?

¿A qué misión concreta me envía hoy el Espíritu Santo? Pentecostés no es solo un recuerdo: es envío. ¿A quién me llama el Espíritu a servir? ¿Qué gesto de reconciliación, justicia o caridad puedo realizar esta semana? ¿Cómo puedo ser instrumento de unidad y paz en mi entorno?

Para la oración

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra.

Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo, concédenos que, guiados por ese mismo Espíritu, sepamos discernir siempre el bien, abrazar tu voluntad y permanecer firmes en la esperanza.

Espíritu Santo, renueva en nosotros la alegría de creer, la valentía de amar y la fuerza de servir. Sopla sobre nuestras familias, sobre nuestra Iglesia, sobre los países heridos por la guerra, sobre quienes viven en el miedo o en la tristeza. Haz de nosotros testigos humildes y ardientes de la fe, la paz y la caridad.

María, Madre de la Iglesia, acompaña nuestro camino y enséñanos a dejarnos conducir por el Espíritu. Amén.

Cantos

Entrada. Este es el día en que actuó el Señor (Manzano); Reúne a tu Iglesia (A. Alcalde); Espíritu Santo, ven (Verde); Envía tu Espíritu (2CLN-522); El Espíritu de Dios (Espinosa); Llénanos de Ti (Sánchez).

Gloria. De Angelis. Gloria (Kairoi).

Salmo. Oh, Señor, envía tu Espíritu (1CLN-253).

Secuencia. Ven Espíritu divino (Alcalde); Veni Sancte Spiritu (Taizé). Secuencia (Montgomery).

Aleluya. Aleluya, Amén (Deiss).

Ofertorio. Dentro de mí (José Vives); Bendito seas, Señor (2CLN-H 5); Ven Espíritu de Dios (Kairoi).

Santo. 1CLN-I 5; de Angelis.

Aclamación al embolismo. 1CLN-M 3.

Cordero de Dios. Erdozain

Comunión. Gustad y ved (Gabarain); Envía tu Espíritu (1CLN-254); Hombres nuevos (1CN-718); El Señor os dará su Espíritu Santo (Kairoi); Ven, Espíritu de Dios sobre mí (Torrelles y Palau).

Final. Reina de los apóstoles (Alcalde); Esperando con María (Kairoi); Id y proclamad; Regina Coeli.

La misa de hoy

Monición de entrada

Hermanos, celebramos hoy la solemnidad de Pentecostés, día en que culmina el tiempo pascual con el don del Espíritu Santo. La promesa del Señor se cumple: el Espíritu desciende sobre los apóstoles y María; y con El, nace la Iglesia, enviada al mundo para ser sacramento de unidad, de salvación y de vida nueva. Hoy, también nosotros somos invitados a acoger ese mismo Espíritu que quiere renovar nuestros corazones, hacer de nosotros un solo cuerpo y enviarnos a la misión. Unidos a toda la Iglesia en este día, celebramos también la Jornada de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Pidamos al Espíritu Santo que suscite en los laicos un compromiso renovado, y que toda la comunidad cristiana camine unida en la construcción del Reino. Abramos nuestro corazón a la presencia viva del Espíritu, y comencemos con alegría esta celebración..

Saludo

Que la gracia, la paz y la fuerza del Espíritu Santo estén con todos vosotros.

Acto penitencial

Por nuestras faltas al Espíritu Santo. Señor, ten piedad.

Por nuestros atentados contra sus dones. Cristo, ten piedad.

Por nuestra resistencia al amor. Señor, ten piedad. .

Monición a la Primera lectura

San Lucas en esta lectura nos presenta el relato del primer Pentecostés. El Espíritu Santo desciende sobre los discípulos reunidos, los llena de fuerza y los envía a anunciar a Cristo a todas las naciones. Este texto nos recuerda que la Iglesia nace de

un don, no de un esfuerzo humano, y que el Espíritu sigue actuando hoy en nosotros y en la Iglesia..

Salmo Responsorial (Sal 103)

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! Cuántas son tus obras, Señor; la tierra está llena de tus criaturas.

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo; envías tu aliento, y los creas, y repueblas la faz de la tierra.

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras. Que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor.

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Monición a la Segunda Lectura

San Pablo en esta lectura nos enseña que el Espíritu Santo es fuente de unidad y diversidad en la Iglesia. Cada uno recibe dones distintos, pero todos tienen como finalidad el bien común. Pentecostés nos invita a reconocer nuestros carismas y a ponerlos al servicio de los demás.

Monición a la Lectura Evangélica

En el Evangelio, veremos a Jesús resucitado soplar sobre sus discípulos y decirles: "Recibid el Espíritu Santo". Ese soplo nos recuerda el aliento de vida del Génesis: Dios recrea, renueva y envía. Hoy también Jesús quiere entrar en nuestros miedos y darnos su paz y su Espíritu.

Oración de los fieles

Hermanos, impulsados por el Espíritu Santo, oremos con confianza a Dios nuestro Padre por medio de su Hijo Jesús Resucitado.

- Por la Iglesia, extendida por toda la tierra y sus pastores, para que se dejen guiar por el Espíritu Santo en su misión de anunciar el

Evangelio. Roguemos al Señor.

- Por todos los pueblos y culturas del mundo, para que el Espíritu abra los corazones a la verdad, la humanidad, la fraternidad y la justicia. Roguemos al Señor.

- Por el mundo herido por las guerras y el pecado, para que el Espíritu renueve los corazones y suscite en todos la compasión activa hacia los más pobres y abandonados. Roguemos al Señor.

- Por la Acción Católica y por todos los laicos comprometidos en el apostolado seglar. Roguemos al Señor.

- Por los jóvenes, para que descubran en el Espíritu Santo una guía luminosa para sus vidas, y encuentren en la Iglesia un hogar donde crecer en la fe y en el servicio. Roguemos al Señor.

- Por nosotros, reunidos en esta asamblea, para que dejándonos transformar por el Espíritu, seamos testigos fieles del Evangelio en medio del mundo. Roguemos al Señor.

Oremos: Señor, Dios nuestro, escucha las oraciones de tu Iglesia reunida en este día de Pentecostés; concede a cada uno la claridad necesaria para saber lo que debe hacer y la gracia para llevarlo a cabo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Despedida

Hermanos, hemos celebrado la solemnidad de Pentecostés, el día en que el Espíritu Santo llenó de vida a la Iglesia y transformó a los discípulos en testigos valientes del Evangelio. Ese mismo Espíritu ha sido derramado hoy sobre nosotros. Al salir de esta Eucaristía, dejémonos conducir por Él. Que su luz ilumine nuestras decisiones, que su fuerza sostenga nuestra fe y que su amor nos impulse a construir unidad, paz y esperanza allí donde vivimos. Vayamos en paz, llevando el fuego del Espíritu a nuestro mundo.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Pentecostés, 24 mayo 2026, Año IL, Ciclo A

HECHOS DE LOS APÓSTOLES 2, 1-11

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería. Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos, preguntaban: «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua».

1ª CORINTIOS 12, 3b-7.12-13

Hermanos: Nadie puede decir: «Jesús es Señor», si no es bajo la acción del Espíritu Santo. Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Porque, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

JUAN 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»..

